

era casada con don Fulano y sus relaciones eran adúlteras. Como la Nigua empezara a retorcerse (prueba inequívoca del ataque de rigor en casos tales), gritó el vejete desesperado que no le cantaran moralidades; allí se haría lo que la Nigua ordenara y a lo mejor era a ella a quien dejaría sus *tlacos*.

Y la pataleta comenzó.

Dejamos abandonado el ramón escabulléndonos prudentemente; si no, dado el carácter del capataz mayor, íbamos a resultar nosotros los culpables.

Con ciertos dramas, al igual que los exhibidos en películas cinematográficas, nos creemos dispensados de la reserva, desde el momento en que se desarrollan en público.

Al día siguiente, y como quien fleta carga por cobrar, despachó el Aguilucho a sus hijos por ferrocarril ordinario y sin presentarse en la estación a despedirles.

Cuando el tren partió creí llegado el momento de confirmar mi nuevo juicio. Yo que hube de haber resuelto con anterioridad: "es un mal esposo," resolví para no rectificarlo nunca: "es un peor padre."

\* \* \*

A partir de ese día empezó el mando insolente de la Nigua en la Corporación. No se dijo más "El Jefe;" se decía: "La Jefa."

Y fueron asiduos concurrentes a la casa del Aguilucho la China y cuantas soldaderas había en el campamento y con ellas hizo las mejores migas.

¡Pobre soldado de la Reforma! ¡pobre compadre de Rojas... en eso había de terminar!

Cumpliéronse en él las palabras de Fermín: "Desengáñate, solía decirme, soy viejo y te hablo con conocimiento de causa. Primero nos abandonan las energías... yo no puedo ya jugarte unas carreras; después la inteligencia... cuando yo tenía tu edad, sabía la mar de cosas; luego, nos abandona la vergüenza... el Aguilucho ha llegado a esa edad."

Menos mal si la Nigua no le pusiera en ridículo, según nos constaba, hasta con soldados rasos; con cuantos hombres contraba a mano. ¡Cuántas veces se oyó decir a los condenados a recibir palos por culpa de ella: "Buena palizada me

pusieron en la espalda pero es mayor la que el Aguilucho lleva en el testuz."

Solía en mis horas de ocio leer a mis camaradas los apuntes del proceso de mi hombre y en alguna vez díjome Fermín: Según entiendo has procedido mal; en fuerza de ajustarte a la cronología de los hechos, te olvidaste de graduar su interés. Si lo más gordo lo has dicho por delante ¿qué pudieras encontrar al fin? ¿cuál impresión capaz de perdurar y hacer olvidar las anteriores?

Justa era la observación, y el desaliento de mi obra me obsesionó a tal extremo, que hube de resignarme a perderla.

Siendo atroces los datos suministrados a diario por el triunvirato, eran ellos tan corrientes.... apenas si merecían consignarse.

Que si el Consuetudinario despachaba para que se *restirasen* en la brecha a cuantos desdeñaban las provocaciones de la Nigua. Los menos de tales desdeñosos lo fueron por miedo al Aguilucho; los más, porque la Nigua estaba en ese período de las pecadoras en que las frases ardo-

rosas enfrían con la frialdad de la piel de los reptiles.

Que si el Consuetudinario, de acuerdo con el Aguilucho, destacaba la fuerza armada en persecución de los fugitivos de las fincas henequeneras de Yucatán, de los esclavos; si bien, y haciendo justicia a los capitalistas, nunca pidieron la devolución de ellos a título de esclavitud... la palabra es algo fea... Se reducían a pedir la aprehensión de sus *trabajadores*, en virtud de pesar sobre ellos la cartacuenta que habían contraído sus abuelos, y a ella vivían encadenados los hijos, como de seguro quedarían los nietos, caso de lograr la aprehensión de los fugitivos, para devolverlos a sus amos.

Que si Verás había recibido la moquetiza H. de Rosenda.

Sabido era de todos: el infeliz, a la par del Aguilucho, siendo un tiranuelo, gemía a su vez bajo la tiranía de las faldas de su querida.

¿A qué consignar tales porquerías si eran el pan de cada día de la Corporación?

Al fin, y sin festinarlo, el dato de mis ansias vino; ese remataría mi obra. La

impresión que, al decir de Fermín, debilitaría las anteriores.

Tenía el Aguilucho un hermoso perro, soberbio ejemplar de su raza; negro como el alma del dueño y a su dueño adicto con esa fidelidad en que es el perro gran maestro.

Vivíase a los pies del amo, sin que a inquietarle bastasen extraños halagos, ni amorosos trapicheos.

En el perro vivía el alma del amo y así me explico que, si al pasar cerca de nosotros le prodigábamos caricias, sin mirarnos, sin mover siquiera el rabo, dejase escapar aquel su respetable gruñido.

Aconteció esto: alguien trajo al Territorio una hermosa perra y el instinto, omnipotente para la acción, débil y desmañado mostróse para la abstención. Triunfó Nereyda—así se llamaba ella—y de entonces dataron las escapatorias de "Valiente"—que así se llamaba él.

A cada escapatoria de Valiente, poníase furioso el Aguilucho, y fué común en la Corporación para juzgar del éxito de nuestras pretensiones, inquirir de antemano estas tres cosas: ¿No se ha escapado Valiente? ¿hay quien apechugue con

la Nigua? ¿no habrá recibido Verás una cachetiza de su soldadera?

Una de las muchas deserciones de Valiente prolongóse por dos días. El Aguilucho no comprendía cómo aquel perro mal agradecido se explicaba de otro modo la vida que tirado eternamente a sus pies, y ordenó a los asistentes le matasen a pedradas en cuanto regresara.

¿Quién había de tomar en serio la orden?... imposible; y por eso, cuando el perro, humilde, acoquinado como criatura cogida en falta, entró en la casa dispuesto a implorar perdón a sus calaveradas, le permitió entrar la servidumbre; pero el Aguilucho oteaba y dando zancadas gritó iracundo desde el corredor si se habían olvidado de su orden... En Dios y en mi ánima que todos sentimos estremecernos de terror al escucharle... ¿conque era verdad? y a todo ello el vejete se desgañitaba diciendo que sentía tentaciones de hacer cumplir en nosotros la orden para quitarnos lo...

¡Pobre Valiente! ¡pedrea más cruel! En el corazón me resonaban los golpes; sentí desvanecerse mi cabeza al mirar al Aguilucho inclinado en el pasamano del corredor, sin dejar de rugir... chispean-

tes los ojillos... erectos los escasos mechones de cabello.

¡Pobre Valiente! Ni una vez levanté mi mano en contra suya y me hubiera sentido en tal momento capaz de levantarla sobre el viejo... ¿por qué en esa ocasión no me provocó... no me dijo algo... algo... cualquier cosa?

—*Hijos de esto...* yo les enseñaré a tirar pedradas... ¿le tienen lástima?... ¡ya veremos quién la tiene de ustedes!

La pedrea se acentuó... y el pobrecito Valiente con ladridos lastimeros abandonó su casa, deteniéndose de vez en cuando... en espera tal vez de que el amo le llamase. ¡Pero si era imposible! ¿despedirle? ¿despedirle? ¿despreciarle a él!... ¡y en esa forma! Perdonaría gustoso los golpes... ¿quién habla de perdonar? Cá... si lamería sumiso la mano del autor de la orden, de tal infamia! pero volver... volver... oh, no podrían menos de llamarle... claro...

Tal parecía pensar el pobre perro sin dejar de mirar su casita de ayer...

En tanto el viejo, atragantada la voz y tembloroso el cuerpo canijo, no cesaba de ulular "Recio... más; más recio..."

Yo que había atenido al Aguilucho.  
Es un mal hombre... \* \*

Tres días más tarde, transparente de puro flaco, turbias las pupilas, renqueando dolorosamente, volvió a penetrar el perro en la casa... ¡renuncio a describir y ojalá pudiese olvidar la escena que siguió! En esta vez el mismo Aguilucho cogía cuanto a mano se encontraba para arrojarlo contra el animal, y al propio tiempo daba rienda suelta a su vocabulario de carrero...

Al mirar que también el amo golpeaba, el último rayo de esperanza abandonó a Valiente... ¡se acabó...! ¡adiós para siempre el dulce calorcito del hogar... el estar tendido horas y horas a sus pies, al parecer dormido, listo, sin embargo, a la primera palabra del amo! ¡Se acabó!

Inclinó la cabeza, pasó bajo el umbral y renqueando ganó el monte... pero en esta vez su resolución estaba bien tomada; ni una vez tan siquiera volvió hacia atrás la vista... ¡se acabó!

Los operarios trajeron al día siguiente la nueva de haberle visto muerto en el monte, y amontonados sobre de él, los zopilotes, en festín macabro...

Yo que había afirmado del Aguilucho:  
Es un mal hombre, un mal esposo, un  
peor padre... hube de pontificar en tal  
día, para nunca rectificarlo:

No tiene definición posible... ¡Es un  
monstruo!

CHAN SANTA CRUZ. — 1903.

## LA SIRENA ROJA

*Profecía dramatizada en un acto y tres cuadros*

**NATURALEZA:**—Una marina de factura inimitable. El vigor del primer término y el misterio de las lejanías, denuncian la amargura del Artista de la creación al ejecutarla.

Una multitud abigarrada se agita en el muelle aupando sobre los bultos, carros de mano, etc... Se disputa el lugar en el dolor, en la angustia que parece ser el patrimonio de todos.

Atracado al muelle un transporte de guerra repleto de carne de cañón se balancea presuntuosamente como enorgullecido de su presa; dijérase que le llenan de alegría la mirada fosca, los rictus endurecidos, las ventanillas de la nariz dilatadas nerviosamente y las cabelleras enhetradas de los guñapos humanos que hierven en el portalón de carga, sobre el muelle, en todas partes.

Hora del cuadro: la que el empresario elija; estaría por aconsejarle fuese un amanecer. Escojer la hora gris o la noche pudiera muy bien predisponer a una hiperestesia, y bien considerado no lo merece el público.... ¡Son tan imbéciles los públicos! Nada grande cabe en ellos, nada, ni el dolor. De una de las bordas del transporte hay dos viguetas anchas tendidas al muelle. Una valla de soldados deja el paso a los que faltan por entrar e impide la salida de los cautivos.

ESCENA UNICA

UNA NIÑA

Papá ¿cuando vuelvas me traerás algo?

EL PADRE

Cuando yo vuelva—si vuelvo—, a Dios gracias nada necesitarás.

LA NIÑA

¿Por qué?

EL PADRE

Porque habrás crecido lo suficiente y te habrá tomado bajo su protección el vicio. El vicio es pródigo con sus hijos.

LA NIÑA

(*Lacrimosa, a un militar que pasa.*)  
¿Oyó usted?

EL MILITAR

(*Con acritud.*) ¿Tengo de cargar con los ajenos dolores además de los míos?

UNA NOVIA

Un momento más; ya se adelantarán los otros, un momento más; para convertirse en esclavo nunca es tarde. Yo deseo ir contigo; estar a tu lado; compartir tu destierro.

EL NOVIO

Pasaron los sueños; los eslabones de mi cadena me obligaron a reflexionar... Tus sueños y mis sueños nos han perdido. Una vez en el destierro, por escatimar las *caricias* de los capataces; por sustraerme a la esclavitud entre los henequeneros; por librarme de las bellaquerías de la soldadesca, muy posible es que te sacrificara. Apetecerte... habrían de apetecerte y a ningún precio me parecería cara mi libertad. ¡Te sacrificaría! Al fin y al

cabo eres sólo mi esposa, pero la libertad es mi querida. Se ama mucho más una querida.

UN SOLDADO

*(Desorganizando a culatazos un grupo.)* ¡No se aglomeren! Falta mucha engorda por achiquerar. ¡Atrás! ¡Media vuelta!

UN GRUPO DE IRREDENTAS

¡Paso!

EL SOLDADO

No hay orden.

IRREDENTAS

¡Pues por eso! ¡Vaya un necio! "No hay orden"... Al desorden venimos.

EL COMANDANTE

*(Al soldado.)* Tienen razón; dales paso.

LOS FORZADOS

*(Desde el portalón de carga.)* ¡Bravo! ¡Bien venidas!

UN MOCETON

*(Tiene la musculatura fuerte y la barba negra.)* Ven, mi virgen brava; ven, mi virgen loca.

1.<sup>a</sup> IRREDENTA

Cuando mis pomas de placer endurecían dijo mi padre: "Ya podías ayudarme a sostener mis vicios."

2.<sup>a</sup> IRREDENTA

Y vendemos por horas el placer...

3.<sup>a</sup> IRREDENTA

Eres un descontento, un rebelde, por eso te buscamos. Sufres y no te quejas...

EL MOCETON

¿Soy acaso una mujerzuela? Los hombres hacemos algo mejor: castigamos. Cuando carecemos del poder de castigar, nos vengamos. Si la espada de la Justicia está ociosa, deben entrar en juego los puñales. Ven, mi virgen loca. Como yo, estás fuera de la sociedad y la ley... ¡Seré la simiente y tú el surco! ¡Bravas generaciones formaremos!

## LAS IRREDENTAS

(*A coro.*) ¡Bravas generaciones formaremos!

## UNA VIEJECITA

(*Ayudándose, para caminar, de un báculo.*) Es aquel... él es. (*A uno de los soldados.*) Ese... el de la barba como las alas del cuervo... ese es mi hijo. Aquí donde me ves hecha una ruina, yo le parí... ¡qué alegría! Es un hijo del amor... ¿y qué? No por esto dejó de desgarrar mi vientre... Igual se desgarran el de las señoras. Lo recuerdo, me parece verle aún: como un cervatillo embestía las tetas y mamaba a dos carrillos... Yo sí que le amamanté a mis pechos; las señoras no amamantan a los suyos. Pude arrastrar mis vicios envueltos en gasas, sedas, tules... ¡pero le amaba tanto! Por eso sentí deseos de enseñarle la fortaleza del sacrificio. Yo hice el sacrificio de ser buena, buena por él. Tarabajé como negra, peor que negra. ¡Y todo para qué! ¡Hoy me lo llevan como a tantos otros a esa tierra inhospitalaria donde se pudrirá y se me morirá como si fuera un perro. ¡Ay, devuélvanme a mi criatura! Ten-

drán los gobiernos sobra de esclavos; las mujeres abandonadas de sus amantes tendrán más amantes que elegir... ¡Yo tengo sólo un hijo y me lo arrebatan! ¿Entiendes tú? ¿Entiendes tú lo que esto significa...?

## EL MOCETON

(*A grito tendido.*) ¡No llores, madre! Si las olas no me sepultan en el camino y arribo a la Siberia mexicana, de todos los deportados he de formar una familia. Más duro es el hierro y tú lo has visto: toma en mi fragua las formas que le fija mi capricho. Hoy está envilecido el taller, y por eso se deja arrebatarse sus hijos. Si las olas no me sepultan, madre, volveremos a dignificar el taller.

*En el muelle se acentúa el movimiento; los tablones han desaparecido y se oyen voces de mando. Hace un rato comenzó a funcionar la hélice y la hora de marcha ha sonado. Imposible describir la angustia, la inquietud de los que en el muelle han quedado y miran alejarse pesadamente el transporte. Las palabras "hijo," "madre," "adiós," suelen sobreponerse como notas de lujo, gritos fugaces...*

*Entre el transporte y la multitud del muelle, emergiendo de las aguas, surge esplendorosa y austera la Sirena Roja.*

## LA SIRENA ROJA

*(A las multitudes.)* Nada es el dolor vuestro comparado con el mío: libertos por fuerza, añoráis a la postre los grilletes... ¡yo soy el eterno grito rebelde y por eso mi angustia es mayor! ¡Treinta años hace vivo encadenada y sin embargo... aguardo al elegido, al príncipe del encantado país... él me despertará en un ósculo de amor; distenderá la pompa de mi manto de púrpura... Aguardad... aguardad...

*¡Oh magia de la esperanza! Al diluirse en las aguas y en las tintas del cielo la Sirena Roja, la multitud saborea el bálsamo de la resignación. Da un último adiós a los deportados, y silenciosa torna a sus ergástulos arrastrándose indiferente por el asfalto de las avenidas.*

## CUADRO SEGUNDO

*En la Siberia Mexicana*

Un lugar de desolación, de esclavitud y muerte. Aquí o acullá, hacinados, los ex-hombres, los despojos humanos, se debaten presa de

la malaria. Todos ellos famélicos, llagados, astrosos, canijos.

También hay algunos ejemplares que ríen... no precisamente de alegría: la vesania es una de las mil formas del paludismo.

Un vejete con aspecto de ave de rapaña, un verdadero esqueleto forrado en arreos militares, va, viene, da órdenes escuetas a cuyo imperio los capataces se ponen en actividad nerviosa repartiendo golpes a diestro y siniestro.

En el mar se anuncia algo solemne, pavoroso: habla de eso el aspecto de piel de lagarto de las olas. Dijérase que la misma espuma, blanca en todas partes, por voluntad de Dios, tiene reflejos de sangre. La Sirena Roja está cerca.

## ESCENA UNICA

UN JOVEN

*(Con una enorme piedra a cuestas.)* ¡A un lado! ¡No puedo más! ¡Van a reventarme las venas... qué demonio!

UN VEJETE

*(Procurando vendar sus piernas llagadas.)* ¡Niño! Si tanto te fatiga ese peso ¿cómo vas a componértelas cuando lleves el que me abruma las espaldas y el pensamiento?

EL JOVEN

¿Y en qué piensas tú?

EL VEJETE

¡Pienso en mi libertad!

EL MORIBUNDO

Llévenme.... bajo un árbol.... ¡Me abraso! Tengo sed... me muero...

EL MOCETON

¡Arre allá! Es el único feliz... se acerca su liberación; va a dejar de sufrir y nos pide ayuda... ¡a nosotros! A la carne de cañón; a los hijos de la cadena que no sabemos siquiera cuándo habremos de morir... ¡Arre allá! (*Aderezándole un puntapié.*)

EL MORIBUNDO

(*Después de rebotar por dos veces.*)  
Tienes... ra... zón... (*Espira.*)

EL VEJETE DE ASPECTO DE AVE DE RAPIÑA

Debía formarse una escuela de capataces; todos estos tienen el corazón de almirante... ¡Vivo, bribones... vivo!

UN OBRERO

(*Al capataz.*) Déjame por lo menos escribir. Bien lo vale mi pobrecita madre muerta sin haber yo cerrado sus ojos. Bien lo vale mi padre cogido de leva y maltratado en un cuartel. Bien lo valen mis hijos famélicos rodando quizá de casa en casa, en busca de un mendrugo de pan.

EL MOCETON

¡No lo valen! Si tenemos la abyección de resignarnos a ser esclavos, debemos tener la dignidad suficiente para saber enmudecer. ¡No lo valen!

*Parpadeos de sombra van poco a poco traduciéndose en descanso para los cautivos. Bien pronto sonará el toque de silencio. Dios, que no se resigna a ser olvidado, les revela su existencia otorgándoles el beneficio de sueño... subrayado alguna vez por el ensueño.*

*Lo que en un principio fué como el preludio de una canción guerrera, como el alma de un clarín, se cristaliza al cabo en una polisinfonía guerrera. Al azotar el oleaje en contra de los arrecifes, la deseada, la bienvenida, la soñada, la Sirena Roja, avanza majestuosa sobre las aguas.*

*Un asceta, al verla, creería contemplar a Jesús caminando en el Tiberiade. La multitud se inflama, se agita y vibra por fin al grito de*

LA SIRENA ROJA

¡Sursum corda!

EL MOCETON

¡Oh, bien venida! Te esperaba... he pensado siempre en ti.

LA SIRENA ROJA

El hombre pensamiento es la sombra de un hombre; el hombre acción... ¡ese es el hombre! ¿Os resignáis todavía? ¿Cuál fué tu delito?

UN OBRERO

Elegí a un hombre para que nos mandase y como burló nuestra representación, le pedí abandonase el poder.

LA SIRENA ROJA

Infantil petición: lo que debe exigirse, no se pide.

¿Y tú...? ¿Y tú...? (Todos explican los motivos por los cuales se les envió al destierro; cuando la Sirena Roja les pregunta "¿Deseais ser libres?" un clamoreo ingente invade la extensión, destacándose en él la vigorosa voz del mocetón de la barba negra como las alas del cuervo: "Lo deseo" "Lo exijo" "Lo quiero.")

En la tinta de fuego del crepúsculo y en el verde negruzco de las olas, desaparece la Sirena Roja.

Las olas han culminado en visión apocalíptica: en su seno parecen bullir miríadas de larvas y en la espuma de las crestas tomáranse esas larvas por miríadas de arcángeles agitando aceros vengativos.

La sinfonía del mar es amenazadora: mezcla de plegaria y de blasfemia; el tema de la vieja canción guerrera se cristaliza por fin, y la carne de cañón, galvanizada por la presencia de la Sirena Roja, se retira a sus guaridas, repitiendo con sabor de estribillo el tema: ¡Soy la Sirena Roja! ¡Soy la Sirena Roja!

### TERCER CUADRO

La marina del primer cuadro: Desmazelado, con aspecto de águila enferma, un anciano recubierto de oropeles, galones, cintas, águi-

las, pugna por tenerse en pie frente a la Sirena Roja, que le repite implacable: ¡Es tarde! ¡Nunca!

EL ANCIANO

Por más de treinta años les impuse mi voluntad.... han sido míos.... ¡Sólo míos...!

LA SIRENA ROJA

Por una natural reacción serán de todos menos tuyos de hoy en más.

EL ANCIANO

Haz que cese ese canto...

LA SIRENA ROJA

¡Imposible! ¡Es el himno de la Sirena Roja! En muchos años de martirio, de esclavitud, de abyección, de asesinatos y de sangre, se fué modelando nota a nota. Si las olas callan, cuando emprendas la vuelta a la ciudad, los árboles, los montes, el aire mismo lo repetirán constantemente en tus oídos.

EL ANCIANO

Vuélveme el poder por lo menos diez años... debo reparar mi obra...

LA SIRENA ROJA

Es tarde.

EL ANCIANO

Cinco años nada más...

LA SIRENA ROJA

Es tarde.

EL ANCIANO

Un año solamente... ¡No puedo transigir con los rebeldes! Deben someterse ante todo y ya les haré libres... No puedo transigir con la rebelión. Soy su caudillo... Soy el héroe de la paz... un año... un año...

LA SIRENA ROJA

¡Ni uno! Lo que a los tiranos vulgares: una poca de tierra... y mucho olvido.

## EL ANCIANO

¡Que cesen de cantar... haz por callarles...!

## LA SIRENA ROJA

Fuí capaz a enseñárselos... soy impotente para hacer que lo olviden. Este himno pudo haberte salvado y pues no lo aprendió tu juventud para su redención, apréndalo tu vejez para su tormento. Escucha:

HIMNO DE LA SIRENA ROJA

Soy la Sirena Roja.

El príncipe Tejano me dió el homenaje de su beso; prendió a mis hombros en signo de majestad el manto de púrpura y puso en mis manos a guisa de cetro la encendida tea... Seguidme.

El Sol, el Mar y el Fuego me dieron vida. Por eso irradio en la esfera; mantengo a raya mis tempestades con sólo una orla de arena, y edifico sobre las cenizas en los lugares depurados por el padre Fuego.

La sangre derramada por los tiranos prestó a mi real manto de escarlata sus reflejos.

Si conserváis de humanos siquier sea vuestra desgracia, ¡seguidme! ¡Oh, los exangües! ¡Los aherreojados de la vida...! ¡Oh, la carne de malaria...!

Los que no me aman, no son dignos de la vida.

¡Seguidme!

Los que nunca hayáis tendido vuestras manos en demanda de un mendrugo de pan cuando el hambre os torturaba, venid a mí... estáis iniciados... venid a mí, pues yo guardo la llave maestra de las bodegas de los ahitos.

Pero si habéis caído en la degradación de tender la mano... ensayad a derribar tiranos. El movimiento es el mismo.

Los que lleváis piedras a los lomos como bestias de carga, para construir palacios de magnates, ensayad a formar trincheras con ellas.

Los que hayáis prostituido vuestras liras incensando victimarios... es tiempo aún; ensayad a torturar la frase. Tiende más, letra menos, las mismas palabras contienen estas dos verdades: El deber es un tirano: sacrifica y por último, da muerte al hombre. O así: Y por último, es un deber del hombre sacrificarse y dar muerte al tirano.

¡Seguidme!  
¡Oh, los exangües! ¡Oh, los aherrojados de la vida!  
¡Oh, la carne de malaria... venid... venid...!

VIGIA CHICO, 1908.